

tirás que degüellen á un infeliz, sin socorrerle?

— ¡Voto á la Virgen! pues no faltaba otra cosa, dijo el mancebo.

Y ligero como un gamo, se abalanzó á la ventana para echarse á la calle; pero no bien la abrió cuando lanzó un grito y retrocedió dos pasos, diciendo con voz que ahogaba el terror:

— ¡Pascuale de Simone, el eshirro de la reina!

Y se escondió tras el pretil de la ventana.

— ¡Entonces, le salvaré yo! exclamó Luisa.

Y se dirigió hacia el jardín.

Nanno hizo un movimiento con intención de detenerla; pero luego se contuvo, y dejando caer los brazos:

— Anda, ve, pobre condenada, exclamó; ¡anda, y que se cumpla lo vaticinado por los astros!

CAPÍTULO IV

Antecedentes históricos

Son tan extraños los acontecimientos que vamos á referir, y tan singulares los personajes que vamos á poner en escena, que, antes de pasar adelante, creemos necesario decirles algunas palabras respecto de unos y otros.

Los sucesos á que aludimos tuvieron lugar entre los años de 1798 y 1800, en cuyo tiempo ocurrieron dos grandes hechos: la conquista del reino de Nápoles, por el general Championnet, y la restauración del rey Fernando, por el cardenal Ruffo. Championnet derrotó con 40,000 republicanos un ejército de 65,000 hombres, entrando en una capital de 50,000 habitantes, después de sitiarla tres días, y el cardenal Ruffo, saliendo de Mesina con cinco hombres, atravesó como una bola de nieve toda la península, desde Reggio hasta el puente de la Magdalena, entró en la ciudad de Nápoles al frente de 40,000 sanfedistas y devolvió el trono al rey ciado.

Para que estos dos hechos, que parecen imposibles, se convirtieran en verdades históricas, se necesitaba de un pueblo tan atrasado, movable y supersticioso como el de Nápoles.

La invasión de los franceses, la proclamación de la república partenópea, el descubrimiento de las notables individualidades, que constituyeron, por decirlo así, la gloria de Nápoles en los cuatro meses que hubo de durar aquella república, la reacción sanfedista, iniciada y llevada á cabo por Ruffo, el restablecimiento en el solio de Fernando y los asesinatos políticos que á aquella reacción siguieron: tal es el cuadro que vamos á trazar en este libro.

En cuanto á los personajes, se dividen, como los de todas las obras de este género, en históricos é imaginarios.

Estos últimos son los que forman la parte novelesca de este libro, y los presentaremos á nuestros lectores sin abogar por ellos; pero en cuanto á los personajes históricos, se alejan tanto de los tipos ordinarios, ya por su excentricidad bufona, ya por su brutal ferocidad, que sin dar sobre ellos antecedentes, correríamos peligro de que se les tomase, no como personajes reales y efectivos, sino por creación de nuestra fantasía, ó por seres á nuestro gusto disfrazados.

Tan cierto es esto, que no hay ejemplo de una monarquía que ofrezca un modelo como el rey Fernando, ni un pueblo que presente un tipo como Mammone. Tomamos los dos extremos de la escala social: el monarca, *jefe supremo del Estado*; el campesino, *jefe de bandidos*.

Comencemos por el primero. Pero como los hombres de ideas absolutistas pudieran sublevarse y acusarnos de impiedad monárquica, interroguemos á un hombre que hizo dos viajes á Nápoles, y que conoció y estudió á Fernando en la época en que las exigencias de nuestro plan nos obligan á presentarle en escena.

Este hombre se llama José Gorani, ciudadano francés, según él mismo se titula, y el cual escribió las *Memorias secretas y críticas de las cortes, de los gobiernos y de las costumbres de los principales Estados de Italia*.

Elegiremos tres fragmentos de estas *Memorias* que presentan al rey Fernando bajo tres distintos puntos de vista: al rey de Nápoles estudiante, al rey de Nápoles cazador, y al rey de Nápoles pescador.

Veamos lo que dice Gorani.

LA EDUCACIÓN DEL REY DE NÁPOLES

« Á la muerte de Fernando IV, rey de España, Carlos III dejó el trono de Nápoles con objeto de ocupar el de la Península ibérica, declaró inhábil para reinar á su hijo primogénito, dió al segundo el título de príncipe de Asturias, y dejó el tercero en Nápoles, donde, á pesar de su menor edad, fué proclamado rey. El primogénito había quedado poco menos que imbécil é incapacitado por el mal tratamiento que le había dado su madre, la princesa de Sajonia, mujer orgullosa, dura, malvada, codiciosa, quien le pegaba siempre, como si fuese una de esas madres sin educación, salidas de la plebe. Al dirigirse á España, Carlos creyó necesario nombrar un ayo al rey que dejaba en Nápoles, el cual era niño aún. La reina, que tenía ilimitada confianza en los ministros, subastó este importante destino, y siendo el príncipe de San Nicandro el mejor postor, á él le fué adjudicado.

» San Nicandro era el hombre más impuro que se arrastraba en el fango de Nápoles. Ignorante, libertino, manchado con los vicios más repugnantes, nada había leído sino era el oficio de la Virgen, á la cual tenía especial devoción, sin que esto fuera

obstáculo á que se entregase por completo á la crápula. Ya se adivinarán las consecuencias que tuvo para el rey el ser educado por un hombre de este género. No sabiendo nada, nada podía enseñar á su discípulo; mas esto no bastó para que el rey estuviese en perpetua infancia: rodeóle con hombres de su genio y alejó de él á cuantos pudiesen inspirarle el deseo de instruirse. Gozando de una autoridad sin límites, vendía los empleos, los títulos y los honores, y bajo el pretexto de conquistarse las simpatías del padre, que fué siempre muy aficionado á la caza, pero con el determinado objeto de que el joven rey no se fijase en la administración del reino, despertó en él gran afición por aquel ejercicio. Como si su pasión por la caza no fuese lo bastante para que abandonase los negocios del Estado, San Nicandro añadió á ella la afición á la pesca, diversiones principales del rey Fernando.

» El rey Fernando es vivo de genio, y lo era aún más cuando niño: su grande actividad necesitaba de placeres que ocupasen los instantes de su vida. Así es que su ayo le proporcionó otras distracciones que echaron á perder la extremada bondad y la dulzura que formaban la base de su carácter. Constándole á San Nicandro que uno de los príncipes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYES"

1991 2426 MONTERREY, MEXICO

pales pasatiempos del príncipe de Asturias, hoy rey de España, consistía en despellejar conejos, inspiró á su regio discípulo el deseo de matarlos: provisto el joven rey de una maza proporcionada á su edad, aguardaba á los pobres animales al final de un estrecho pasadizo; los cortesanos los asustaban, los conejos huían, y el rey los iba aplastando á medida que salían, con gran aplauso de los cortesanos que celebraban la diversión con carcajadas. Otras veces, con objeto de variar de pasatiempo, cogía gatos y perros y se entretenía en mantearlos hasta que morían reventados. Para que el placer fuese más grande, concluyó, por último, por desear el manteamiento de seres racionales. San Nicandro halló muy puesto en razón ese antojo de su joven discípulo, y á fin de complacerle, aldeanos, soldados, artesanos y hasta hidalgos de la corte sirvieron de juguete á aquel niño con corona. Una orden de Carlos III hubo de interrumpir distracción tan noble: el rey sólo pudo mantear en lo sucesivo seres irracionales, y de éstos se exceptuó aún á los perros, los cuales quedaron bajo la católica y real protección del rey de España.

» Tal fué la educación de Fernando IV, el cual ni siquiera supo leer ni escribir. El que debía ser su primer maestro de escuela fué su mujer. »

EL REY DE NÁPOLES CAZADOR

« Con tal educación, Fernando IV podía ser un monstruo, un Calígula. Los napolitanos así lo esperaban; mas la natural bondad del joven rey triunfó de la influencia que en él había de ejercer tan viciosa enseñanza. Si no se dejase arrastrar por su desmedida afición á la caza y á la pesca, la cual le roba los instantes que debiera consagrar á la gobernación del reino, Fernando sería un rey excelente; pero el miedo de perder una mañana propicia á sus diversiones, basta para que abandone el más transcendental negocio, y así la reina como sus ministros se aprovechan de su negligencia.

» En Enero de 1788 el rey celebraba en el palacio de Caserta un consejo de Estado, al cual asistían la reina, el ministro Actón, Caracciolo y otros importantes personajes. Se trataba un asunto de grande importancia. Cuando el debate se encontraba más animado que nunca, llamaron á la puerta de la estancia donde la reunión se celebraba. Los del consejo se miraron preguntándose con los ojos quién podía ser el atrevido que osaba interrumpirles; mas el rey se dirigió á abrir la puerta y en seguida abandonó la estancia. Algunos momentos

después volvió á entrar en ésta con muestras de grande alegría, y suplicó á la reunión que despachara los negocios á la brevedad posible, ya que otro de grandísima importancia reclamaba sus cuidados. El consejo se levantó, y el rey se dirigió á su dormitorio para acostarse y estar en pie al amanecer.

» El importantísimo asunto á que se había referido Fernando, era una partida de caza que quería emprender; el indiscreto que había llamado á la puerta del consejo, era el montero mayor, quien, según lo acordado con Su Majestad y obedeciendo sus órdenes, venía á decirle que unos cuantos jabalíes habían sido vistos en el bosque al rayar de la aurora, y que todos los días se reunían á tal hora en aquel sitio. Necesario era, pues, disolver el consejo para acostarse temprano á fin de sorprender al día siguiente, y á primera hora, á los jabalíes. ¿Qué hubiera sido sino de la gloria de Fernando?

» Otro día, también en el consejo y en iguales circunstancias, resonaron tres silbidos; era una seña convenida entre el rey y su montero. Á la reina y los ministros no les pareció esto de muy buen gusto: pero el rey se dirigió muy contento á una ventana, la abrió y dió audiencia á su montero, quien le anunció que una bandada de pájaros

se había detenido en los alrededores de palacio, y que si quería aprovechar un buen tiro no había que perder ni un minuto.

» Entonces Fernando cerró precipitadamente la ventana, y dijo á su esposa:

«—Mi querida maestra: preside tú el consejo en mi lugar, y resuelve como mejor te parezca el asunto.

LA PESCA REAL

« Cuando se oye decir que el rey Fernando no sólo se dedica á la pesca, sino que vende lo que coge en sus redes, parece que uno escucha la narración de un cuento inventado por alguna imaginación caprichosa; pero nada hay más cierto. Yo he presenciado este singular espectáculo, único en su género, y voy á trazarlo en cuatro plumadas.

» El rey pesca ordinariamente en esa parte del mar vecina al monte Pausilipo, que dista unas cuatro ó cinco millas de Nápoles. Cuando ha cogido una buena cantidad de pescado, vuelve á tierra, y al desembarcar empieza lo más importante de su diversión. Tiéndese en la playa todo lo que se ha cogido en la pesca, se presentan los compradores, y éstos regatean con el monarca el precio de

la mercancía. El rey nada vende al fiado; y tan poca es la confianza que tiene en los que compran, que siempre toma el dinero antes de entregar sus barbos ó sus merluzas. Todo el que quiere se acerca al rey sin obstáculos, privilegio de que se aprovechan siempre los lazzaroni, porque el rey les tiene más consideración que á las otras gentes. Esto sin embargo, los lazzaroni se muestran siempre corteses con los extranjeros que desean acercarse al monarca. Cuando principia la venta, se produce la más cómica escena: el rey vende todo lo caro posible; y, alabando su mercancía, la toma en sus regias manos, encarece su frescura y su calidad excelente á fin de tentar á los compradores.

» En estas ocasiones, los napolitanos, que son amigos de la llaneza, tratan al rey con familiaridad y usan con él de un lenguaje grosero, ni más ni menos que si se tratase de un pescador vulgar que trata de vender cara su mercancía; pero sus inventivas divierten al rey, quien las celebra soltando la carcajada. Luego va en busca de la reina, la cuenta los accidentes ó lances de la pesca y de la venta del pescado, lo cual es para él manantial inagotable de risa ó de chacota. Pero, según ya dijimos, en tanto que Fernando pierde el tiempo en la caza y en la pesca, la reina y los ministros gobier-

nan á su capricho, y los negocios del reino andan según Dios quiere. »

Ahora vamos á presentar á Fernando IV bajo un nuevo aspecto.

Mas para ello no recurriremos al testimonio de Gorani, quien vió por un instante al rey vendiendo pescado en la playa ó corriendo jinete en un corcel para dirigirse á una cacería, sino á un familiar de la real casa, al de Palmieri Micciche, marqués de Villalba y querido de la manceba del rey, quien presenta á éste con todo el cinismo de su cobardía.

Oigámosle :

« ¿ Conocéis los detalles de la retirada del monarca, de su fuga, para hablar más propiamente, cuando á fines de 1798 ocurrieron los sucesos de la baja Italia ?

» Pues los contaré en breves frases.

» Sesenta mil napolitanos, mandados por Mack, general austriaco, estimulados por la presencia de su rey, avanzaban triunfantes en dirección á Roma, cuando Championnet y Macdonald, reuniendo sus pocas fuerzas, cayeron sobre ellos y los derrotaron por completo.

» Fernando estaba en Albano cuando llegó á él la noticia de esta derrota.

» — ¡ *Fuimmo!* ; *fuimmo!* empezó á gritar.

» Y ciertamente : huyó como un asustado conejo perseguido por los galgos.

» Pero antes de subir á su carroza, dijo á su compañero de fuga, el duque de Ascoli :

» — Querido mío : no ignoras que en estos tiempos los jacobinos hormigean en todas partes, y que esos hijos de p... sólo piensan en matarme. Hagamos una cosa : troquemos los vestidos. Mientras viajemos, tú serás el rey, y yo el duque de Ascoli ; de ese modo no correré ningún riesgo.

» Dicho y hecho. El hidalgo Ascoli aceptó con gusto proposición tan increíble, y vistió el uniforme del rey, dándole, en cambio, el suyo. Luego ocupó en la carroza el asiento de preferencia, y el cochero levantó el látigo y azotó el tiro.

» Nuevo Dandino, el duque representó admirablemente su papel hasta Nápoles, y en cuanto á Fernando, en quien el miedo aguzaba el ingenio, desempeñó con tal perfección el de cortesano humilde, que no parecía sino que toda su vida había desempeñado este oficio.

» Bien se verdad que el rey se mostró constantemente agradecido al duque por ese extraordinario rasgo de adhesión, y que mientras vivió no se cansó de prodigarle sus muestras de consideración y aprecio, colmándole con toda suerte de favores :

mas por una genialidad que sólo explica su carácter, sucedía que con frecuencia se burlaba del duque por el sacrificio hecho, no escaseándose á sí mismo epigramas que indicaban su cobardía.

» Cierta día yo me hallaba con el duque de Ascoli, en casa de la duquesa de Floridia en un momento en que el rey le ofreció el brazo para ir á la mesa. Siendo yo un amigo de poca importancia para la señora de la casa, y creyéndome harto honrado con la presencia del recién venido, murmuré en voz baja el *Domine, non sum dignus*, y hasta retrocedí unos pasos. Entonces la noble señora, echando una postrer ojeada á su vestido, comenzó á elogiar al duque por su adhesión á la persona de su real amante.

» — Á no dudarlo, le dijo, el duque de Ascoli es, señor, vuestro verdadero amigo, el más fiel de vuestros servidores, etc., etc.

» — Así es, en efecto, D^a Lucía, dijo el rey ; preguntadle, sino, la trastada que le hice cuando nos fugamos de Albano.

» Y en seguida contó el trueque de los vestidos y cómo desempeñaron sus respectivos papeles, y añadió soltando la carcajada :

» — ¡ Él era el rey ! ¡ Á topar con los jacobinos, le ahorcan, mientras que yo me salvo !

» Todo es original y extraño en esta historia; la derrota, la fuga, la proposición, la revelación de los hechos delante de un hombre extraño como yo lo era entonces en la corte, y muy especialmente para el rey, á quien sólo había hablado una ó dos veces.

» Por dicha para la humanidad, la cosa menos rara es el sacrificio del honrado artesano. »

El retrato que bosquejamos de Fernando, tememos que se ponga en duda y sería, por decirlo así, incompleto si no ofreciésemos ese regio payaso bajo otro aspecto que el de lazzaroni; mirado de perfil, es grotesco; mirado de frente es terrible.

He ahí una traducción textualmente hecha de la carta que escribió al cardenal Ruffo, cuando ya victorioso iba á entrar en Nápoles, carta que es una lista de proscipciones, inspiradas por el miedo, el odio y la venganza :

Palermo, 4.º de Mayo de 1799.

« Eminencia :

» Después de leer y vuelto á leer con la más grande atención vuestra carta fechada en 1.º de Abril, relativa al plan que se podría utilizar con los numerosos criminales que han caído y caerán en

nuestras manos, ya sea en provincias, ya en la capital, cuando, por la gracia de Dios, me sea devuelta, os diré desde luego que cuanto me decís se me figura muy prudente y lo hallo dictado por ese espíritu de adhesión, del cual tantas pruebas me disteis y me estáis dando.

» Os manifestaré, pues, cuáles son mis propósitos :

» Creo, cual vos, que no se deben extremar las persecuciones, con tanta mayor razón cuanto han hecho ya lo necesario para darse á conocer, y cuanto nos será tan fácil el poner á buen recaudo á los perversos.

» Mi intención es, pues, que *se prendan y encarcelen debidamente* los siguientes culpables :

» Todos los que forman el gobierno provisional y la comisión ejecutiva de Nápoles.

» Todos los miembros que figuran en la comisión militar y en la policía organizada por la república.

» Todos los que han formado parte de los Ayuntamientos republicanos, y cuantos desempeñaron una comisión de la república francesa.

» Todos los que aceptaron un cargo en aquella comisión que se propuso investigar las supuestas dilapidaciones ó malversaciones de mi gobierno.

» Todos los oficiales que estaban á mi servicio y

que se pasaron al de la mal llamada república, ó al de los franceses. Con el bien entendido: que en el caso de que á dichos oficiales se les prenda con las armas en la mano, usándolas contra mis ejércitos ó contra mis aliados, *serán fusilados en el plazo de veinticuatro horas, sin previa formación de causa.*

» Todos los que hayan fundado periódicos republicanos ó hayan dado á luz proclamas ú otros escritos de igual género para excitar á la insurrección á mis vasallos, y propagar las máximas del nuevo régimen.

» Asimismo se prenderá á los síndicos de las ciudades y á los diputados que arrebataron el gobierno á mi vicario general Pignatelli, ó que se resistieron á lo que dispuso, adoptando medidas contrarias á la obediencia que estaban en el caso de prestarme.

» Quiero, igualmente, que se prenda á LUISA MOLINA DE SAN FELICE y á Vincenzo Cuoco, los cuales descubrieron la contrarrevolución intentada por los realistas, capitaneada por Backer é hijo.

» Ejecutado esto, deseo nombrar una comisión extraordinaria, compuesta de hombres fieles, para que juzgue militarmente á los principales culpables ya presos, y se les trate con *todo el rigor de la ley.*

» Los menos criminales serán deportados fuera de mis dominios, confiscándoles sus bienes.

» Á este propósito debo manifestaros que encuentro muy sensato lo que hacéis, en lo que toca á la deportación; pero creo que vale más *deshacerse de las víboras* que criarlas en casa. Si yo tuviese una isla fuera de mis dominios continentales, aceptaría con gusto vuestro sistema de desterrarlos á ella; pero la proximidad de mis islas á los dos reinos, daría margen á conspiraciones que undirían los infames y los mal contentos, cuya raza no es fácil extinguir completamente. Fuera de esto, los descalabros que, á Dios gracias, han tenido los franceses y los que sufrirán todavía, dejarán á los deportados inútiles para hacernos daño. Esto sin embargo, será conveniente reflexionar detenidamente el sitio que ha de elegirse para la deportación y la manera de llevarla á cabo sin riesgo: de una y otra cosa me estoy ocupando actualmente.

» Por lo que se refiere á la comisión que ha de juzgar á los culpables, la mandaré desde esta ciudad á la capital y ya cuidaré de que en cuanto yo entre en Nápoles comience sus funciones. En lo que toca á las provincias y á los lugares donde estáis, de Fiore puede continuar en ellos, si es que merece vuestra confianza. Fuera de esto, entre los abogados

y realistas que no entraron en pactos con los republicanos, se puede elegir cierto número que sean de los más inteligentes y de los más adictos al trono y darles poderes extraordinarios; pues no me conviene que los magistrados que sirvieron durante la república, ya en la capital ó en las provincias, por más que la necesidad á ello les obligase, juzguen á los traidores entre los cuales ellos deben colocarse.

» Respecto á los que no están comprendidos en las categorías indicadas, os faculto para que les deis un pronto y ejemplar castigo, si los estimáis criminales y si os parece así necesario.

» En cuanto á los jueces de la capital serán también perseguidos aunque no hayan aceptado comisiones de los franceses, ni de la república, y hayan ejercido sus funciones administrando justicia.

» Estas son, por ahora, las disposiciones que debéis mandar ejecutar en la forma que creáis conveniente.

» Tan pronto como yo reconquiste á Nápoles, y en vista de lo que ocurra y con mayor conocimiento de causa, haré nuevas adiciones. Después de lo cual, mi propósito consiste en seguir *cumpliendo los deberes de un buen cristiano y de un padre amante de su pueblo, olvidar por completo lo pasado, y conceder un perdón general que asegure á todo el mundo*

el olvido de sus faltas, prohibiendo las averiguaciones y pesquisas ulteriores, porque tengo la certeza de que dichas faltas fueron hijas, no de un espíritu corrompido, sino de la pusilanimidad y del temor.

» No olvidéis, sin embargo, que es indispensable adjudicar los cargos públicos á las personas que permanecieron siempre fieles al trono, y que no cambiaron jamás de partido. Únicamente así podremos estar ciertos de conservar lo que se ha reconquistado.

» Ruego á Dios que os conserve para bien de mi servicio y para manifestaros siempre mi sincero agradecimiento.

» Entretanto, creedme vuestro afectísimo.

» FERNANDO L. B. »

Al objeto de que Nápoles en aquellos días de revolución se nos ofrezca en su verdadero aspecto, hemos introducido igualmente en nuestro libro, y en lo último de la escala social, un personaje inverosímil, compuesto de tigre y orangután llamado Gaetano Mammone.

Cuoco es el único autor que habla de él, y los demás escritores no hacen más que reproducir sus frases porque como aquél no lograron conocerle,

He aquí lo que dice :

« Gaetano Mammone, sencillo molinero en un principio y luego jefe de los revolucionarios de Sora, fué un hombre sanguinario, cuya barbarie no tiene comparación posible. En el espacio de dos meses, y en un pequeño radio, hizo fusilar á trescientos cincuenta desdichados, sin contar los que asesinaron sus satélites cuyo número es, cuando menos, el doble. No me refiero á los asesinatos en masa ni á las violencias, incendios, ni á las horribles zanjias donde echaba á los infelices que caían en sus manos, ni tampoco me refiero á los extraños suplicios que ejecutaba y que su crueldad le sugería. Este monstruo renovó los tormentos de Procusta y de Mecencio. Su sed de sangre era tal, que bebía la que vertían las heridas de los desdichados que mataba ó que hacía asesinar. *El que traza estas líneas le ha visto*, en casa de un barbero beber su propia sangre, después de ordenar que le sangrasen, y buscar lleno de avidez la de aquellos que fueron sangrados antes que él. Mammone solía comer teniendo en frente suyo una cabeza cortada, y un cráneo humano le servía de vaso. »

Pues bien, á este monstruo, Fernando de Nápoles le llamaba *mi general y mi amigo*.

CAPÍTULO V

La galera capitana.

Entre la roca á la cual impuso Virgilio el nombre de promontorio de Miseno, al abrir en ella la tumba del corneta de Héctor, y el cabo Campanella, que en una de sus vertientes vió nacer al inventor de la brújula, y en la otra, errar proscrito y fugitivo al autor de la *Jerusalén libertada*, se abre el magnífico golfo de Nápoles.

Ese golfo siempre risueño, surcado siempre por millares de barcas, y en el cual resuenan de continuo el rumor de los instrumentos y el canto de los que recorren su cristalina superficie, se hallaba el día 23 de Septiembre de 1798 mucho más animado y bullicioso que de costumbre.

El mes de Septiembre, colocado entre los sofocantes calores del verano y las caprichosas lluvias de otoño, es espléndido en Nápoles; y el día en que fechamos las primeras páginas de nuestra historia era uno de las más hermosos de aquel mes. El sol derramaba torrentes de dorada lumbre sobre el vasto anfiteatro de colinas que parecen extender